

SERMON

QUE HACE ORIGENES EN LA RESURRECCION DEL SEÑOR,

SOBRE AQUELLAS PALABRAS DEL CAPÍTULO XX DE SAN JUAN, QUE DICE:

Maria estaba cerca del monumento llorando.

A LA ILUSTRE SEÑORA DOÑA BEATRIZ CERDAN.

HABIENDO concluido ya, con el favor y gracia del Señor, el *Tratado de la gloriosa Madalena*, porque vuesa merced quedase con buena boca y perdiere la acedia que con mi grosero estilo habrá tomado, por ser menos bueno de lo que agora se escribe en los libros que en nuestro lenguaje castellano se imprimen; he querido rehacer esta mi falta con aprovecharme del dulce y sabroso estilo del gran viejo Adamancio Origenes, el cual sobre aquellas palabras del evangelista san Juan en el capítulo 20, que dice que «*Maria estaba la mañana de la resurreccion llorando cerca del monumento*», hace un tratadillo dulcísimo, aunque breve, y digno de que se traya entre las manos; porque está tan requebrado con el Señor, y dice razones tan tiernas y tan enamoradas volviendo por la Madalena, que á mi corto juicio debia de estar fuera de sí y muy dentro de Dios cuando las escribió, y pienso que tenia algun horno de fuego en el pecho á aquella sazón; porque palabras tan encendidas y razones tan azucaradas y con tanta miel no las pudiera decir sino una lengua que otro serafin, como el de Isaias, la hubiera caldeado con fuego venido del cielo. Está este tratado mirado y leído en su fuente, tan bien puesto y por términos tan escogidos y con tan levantado estilo, que temo que lo he de gastar al traducillo; pero, pues vuesa merced no lo puede gozar en su propia lengua, donde yo lo saco, que es la latina, recompensarse ha el daño de la traducion menos buena con el provecho del entendelle en el castellano. Podrá ser que añada algunas cosas que me parecerá que no desdican del propósito y frasi de Origenes, que no será cortar el hilo á la materia que va tratando, y esto haré porque vuesa merced tenga algo mas en que entretenerse; porque, como ya he dicho, el tratadito es muy breve; y siendo vuesa merced tan aficionada á esta gloriosa santa, á quien su gran Enamorado la hizo igual á los apóstoles, y aun la hizo apóstola de los apóstoles, pues la envió á ellos para que les diese las alegres nuevas de su resurreccion; halle en ella mas razones de regalarse en amalla, y se aficiona mas á imitalla y parecelle en el amor que tuvo al Hijo de Dios. Y si en lo que dijere se hallare menos gusto de lo que prometo, ó cosa alguna que no haga tanta consonancia á la oreja, no quiero que se entienda que es falta de Origenes, ni que en el latin disuena alguna palabra, sino que solo ha sido defecto de no sabello yo traducir por términos tan dulces y tan propios como lo son los latinos; no por mengua de nuestro lenguaje español, pueses tan abundante, que ni en sello ni en tener galanos frasis y suavidad, y muy cortados y propisimos términos para todo cuanto ha de decir, tiene envidia á la lengua griega ni latina ni italiana, ni tiene necesidad de mendigar estilo ni términos ni compostura ni gala, ni otra cosa de sus vecinos, pues ella por sí sola basta y sobra; sino que la falta que en esto se hallare, si acaso la hubiere, que si hará, pues hay tantas en mí, es mia, y es bien que á mí se me cargue; pues siendo mas corto que vizcaino, quiero correr tras el caudal y elocuencia de Origenes. Vuesa merced me ayude con sus oraciones para que el Señor me alumbre el entendimiento y me dé su Espíritu para siempre serville; y el mismo Señor dé á vuesa merced su santa gracia y la conserve en su santo servicio. Amen.

SERMON.

Maria estaba cerca del monumento llorando, á la parte de fuera.
Joann., cap. 20.

Habiendo de hablar, hermanos muy amados, de la presente solemnidad en presencia de vuestra caridad, lo primero que á la memoria me ocurre es el amor que pide el primer lugar en este tratado (y con razon), y quiere que digamos cómo Maria Madalena, que sobre todas las cosas amaba al Señor, le seguia cuando iba á dejar la vida en un palo, habiéndole desamparado y huido los discípulos, y ardiendo en vivo fuego de amor, encendida el alma en un excesivo deseo, deshaciéndose en lágrimas, no queriendo poner treguas al llanto, no sabia, ni queria ni aun podia apartarse del monumento. Oido habemos á Maria que estaba fuera del monumento, oido habemos que lloraba; pues veamos (si podemos) por qué estaba y veamos por qué lloraba. Aprovechémonos de su estar y saquemos fruto de su llorar. Estaba y miraba por si acaso hallase al que amaba, pero lloraba porque creia que le habian hurtado al que buscaba. Habíase renovado su dolor, pues un dia antes lo habia llorado difunto y agora lo llora hurtado. Era este dolor segundo mas grave que el primero, pues no le quedaba con qué se consolar. La primera causa de su dolor fué haber perdido á su Maestro vivo, mas quedábale alguna manera de consuelo, con pensar que le tendria consigo muerto; mas agora es imposible consolarse, pues no hallaba el cuerpo del difunto. Temia Maria que no se resfriase en su pecho el amor de su Maestro si no hallaba su cuerpo, con cuya vista se encendiese. Habia venido Maria al monumento; habia traído consigo preciosos unguentos, para que, así como en otro tiempo habia unguido los piés de su Maestro vivo, así agora embalsamase todo el cuerpo de su Señor difunto; y así, como otro tiempo habia lavado sus piés con lágrimas de sus ojos por la muerte de su alma, así venia agora al monumento á regallos otra vez por la muerte de su Maestro; pero, como no le hallase en el monumento, acabóse el trabajo de unguillo y creció la ocasion de llorarlo; faltó al servicio la que sobró al dolor; faltó á quien ungiere, mas no por quien llorase. Lloraba grandemente Maria porque le habian añadido dolor sobre dolor y traia dos grandes dolores en un solo y flaco corazon; queria ablandallos con lágrimas, mas no podia; y así, toda ocupada del dolor, desmayaba su cuerpo y alma; y aunque sabia llorar y dolerse, pero no sabia qué hacerse. ¿Qué podia hacer esta mujer sino llorar, pues tenia un intolerable dolor y no hallaba consolador? Venido habian Pedro y Juan al monumento con ella, mas en no hallando el cuerpo se volvieron; pero Maria estaba llorando fuera del monumento, estaba, y casi desesperando esperaba, y esperando perseveraba. Pedro y Juan temieron, y por eso no esperaron; mas

no temia Maria, y por eso estaba, porque ya le parecia que no le quedaba que temer pues no le quedaba mas que perder; habia perdido á su Maestro, á quien amaba tan tiernamente, que fuera dél no le quedaba qué amar ni tenia ya qué esperar. Perdido habia Maria á la vida de su alma; y así, le parecia que le estaba mucho mejor el morir que el buscar la vida; porque por ventura hallaria muriendo al que habia perdido viviendo, sin el cual era por demás la vida. Es el amor mas fuerte que la muerte. ¿Qué mayor estrago pudiera hacer la muerte en Maria? Estaba sin alma, sin sentido, sintiendo no sentia, viendo no via, oyendo no oia, ni aun estaba donde estaba, porque toda estaba donde su Maestro estaba, del cual empero no sabia donde estaba. Buscábale y no le hallaba, y por eso estaba y lloraba. ¡Oh Maria! qué esperanza, ¿qué consejo, qué corazon tenias, para que, yéndose los discípulos te quedases tú sola en el monumento? Veniste antes que ellos y volviste con ellos, y al fin te quedas sin ellos. Dime (oh mujer admirable) ¿por qué lo hiciste? ¿Sabias mas que ellos ó amabas mas que ellos, que no temias como ellos? Por cierto entonces ninguna otra cosa sabia Maria sino amar y dolerse de su Amado. Olvidado se le habia el temor, olvidada estaba del contento, y olvidada estaba de todas las cosas, sino de aquel que amaba sobre todas las cosas; y lo que es mas maravilloso, que estaba tan olvidada, que aun al mismo no conocia. Creedme, que si Maria lo conociera, nunca lo buscara en el monumento; y si guardara sus palabras en el corazon no se doliera del muerto mas alegrárase del vivo, ni llorara por el hurtado, mas regocijarse del resucitado. Habia dicho el Señor que así habia de morir, y que al tercero dia habia de resucitar; mas el mucho dolor le habia hinchido el corazon y borrado dél estas palabras; ningún sentido habia quedado en ella, habia perecido todo su consejo, habianle faltado y burlado á su parecer sus esperanzas, solo le habian quedado lágrimas que derramar por los ojos, y suspiros con que abrasar su pecho; lloraba pues, porque podia llorar, y llorando, volvió á mirar el monumento, y vió dos ángeles vestidos de blanco, con el rostro hermoso y alegre, con una librea de fiesta, que en el traje mostraban el contentamiento interior y la ocasion que de solemnizalle tenían, y dícenle á Maria: «*Mujer ¿por qué lloras?*» Oh Maria venturosa, mujer de gran dicha! Agora á lo menos contenta estaréis con tan buen consuelo; hallado habeis mas de lo que buscábades, mejor os sucede de lo que vos creíades; buscábades uno, y hallais dos, un muerto buscábades, y topais dos vivos; hallástedes dos, que (á lo que muestran) tienen cuidado de vos y quie-

ren ablandar vuestro dolor y llanto. El que vos buscáis parece que no cura de vuestro sentimiento ni hace caudal de vuestras lágrimas; llamaisle y no os oye, rogaisle y no acude, buscáisle y no le hallais, dais golpes y no os abre, vos le seguís y él os huye. ¿Qué es esto, María? Qué gran mudanza es esta? Este Jesus que agora se ha apartado de vos y por ventura no sabeis si agora os ama, otro tiempo os amaba, otro tiempo os defendía del fariseo, excusábaos con vuestra hermana, alabábaos cuando le ungiades los piés, cuando se los regábadas con vuestras lágrimas, alimpiábadelos con vuestro cabello, aplacaba vuestro duelo y perdonábaos vuestros pecados. Otro tiempo os buscaba estando ausente, os llamaba no estando presente. Una vez (oh buen Jesús) que le enviaste á decir con su hermana: «el maestro está aquí y os llama;» qué presto se levantó, dejó la visita no hizo caso de los principales que le habían venido á consolar, no se despidió dellos, no curó de nadie, porque tú, Dios mio, la llamabas. Y mas, Señor, que lloraste tú cuando la viste llorar á ella; consolástela blandamente, diciendo: «¿Adónde pusistes el muerto?» Finalmente, por el mucho amor de María resucitaste á su hermano Lázaro y convertiste en alegría el llanto desta gran enamorada tuya. Pues (dulcísimo Jesus) en ¿qué ha pecado después acá esta discípula tuya, que así huyes della? ¿en qué ha ofendido tu tierno corazón esta amante tuya, buscándote como te busca? Nosotros, por cierto, después desto, ningún pecado oímos della, sino que cuando á tí Dios mio te sepultaron, ella madrugó mas que todos, y vino al monumento antes que todos y te lloró mas que todos, y trajo mas unguentos para ungirte que todos, y agora te busca mas que todos pues que se queda sola yéndose todos. Tus discípulos vinieron y vieron, y se fueron; ésta, empero, está y te busca y llora. Si esto es pecado no lo podemos negar; pero si no lo es, y es amor, y amor tuyo, y si es deseo que tiene de tí, ¿por qué, Señor, te le escondes así? Por qué te ausentas della tú, que amas á los que te aman y te dejas hallar de cuantos te buscan? Tú Dios mio, dices por el Sabio: «Yo amo á los que me aman, y me dejó hallar de los que madrugan á buscarme.» Luego, Señor, esta mujer que te ama, ¿por qué no te halla? Esta mujer que madruga, ¿por qué no te topa? Por qué no miras las lágrimas que derrama por tí, su Señor, pues consolaste las que derramó por su hermano? Y si la amas como sueles, ¿por qué, Señor, alargas tanto su deseo? ¡Oh verdad infalible! Acuérdate del testimonio que diste de María á su hermana Marta: «María escogió la mejor parte, que jamás le será quitada.» Verdaderamente escogió la mejor parte María, pues escogió estar á tus piés y oír tus palabras; verdaderamente escogió la mejor parte, pues escogió de amarte; escogió la mejor para sí, pues te escogió á tí; pero ¿cómo, Señor, es verdad que no le será quitada si tú le faltas á ella? Y si no le es quitada la mejor parte que escogió, ¿por qué llora María, que es lo que busca María? Por cierto, María no busca otra cosa sino lo que escogió, y por eso no deja de llorar, porque ha perdido la parte escogida que amaba. Pues

(¡oh guarda de los hombres!) ó guarda tú en ella la parte que escogió, ó yo no sé cómo será verdad el, «no le será quitada,» si no es que se entienda que, aunque te hayan quitado de sus ojos, tú no te has apartado de su corazón. Pero, María, ¿qué os detenéis ya? Qué os turbáis? ¿Por qué llorais? Ya teneis ángeles, básteos el habellos visto; que por ventura aquel que vos buscáis y por quien llorais ve algo en vos, y por eso no quiere ser visto de vos. Cese ya vuestro llanto, poned término á vuestro dolor; acordáos de lo que él mismo os dijo á vos y á las demás mujeres: «No queráis llorar sobre mí, sino sobre vosotras mismas.» Pues, María, ¿qué es lo que haceis? El os dice: «No me queráis llorar,» y vos no cesáis de llorar ni os acabáis de consolar. Temo María, que ofendais en llorar al que no dejáis de llorar; porque si él (como otro tiempo) amara vuestras lágrimas, por ventura no pudiera detener las suyas. Pues tomad agora mi consejo y contentáos con el consuelo de los ángeles; quedáos aquí con ellos, habladles, preguntadles, y quizá sabrán qué se ha hecho de lo que vos buscáis, y adónde está aquel por quien llorais; cuanto yo por cierto tengo que ellos han venido para daros razón del que buscáis; y tambien creo, que aquel por quien llorais los ha enviado por sí y por vos, para que publiquen su resurrección y consuelen vuestro dolor. Mirad, María, que es mucha entonación esa, no querer hablar á dos ángeles; allá Moisés temblaba á la presencia de uno que bajó sobre el monte Siná; y dijo: «Espantado estoy y atónito de miedo, y casi no podía echar la palabra de la boca; Daniel, en viendo otro, dió consigo en tierra y se le descoyuntaron todos los huesos, y san Juan se derrocó á adorar á uno que vió una vez; y ¿vos no haceis caso de dos? Pues en verdad que son gente de cuenta y cortesanos del cielo, vecinos de la gloria, y que donde los conocen, que les dicen *merced*; no se yo cómo vos haceis tan poco caudal de gente tan granada. Habladles, María; mirad que se correrán; y vuestra cortesanía ¿dó la? ¿Qué se ha hecho vuestro aviso? Vuestra discreción y comedimiento ¿dó se ha ido? Mirad que aguardan respuesta; mirad que os dicen: «Mujer ¿á quién buscas? No encubras de nosotros tus lágrimas, descúbrenos tu corazón y nosotros te mostraremos tu mayor deseo.» Está le dicen los ángeles; mas María, deshecha en llanto, consumida de dolor, puesta toda en exceso de entendimiento, ni recibe consolación ni cura de algún consolador, antes dice allá en su pecho; ¡Ah dolor cruel! y ¿qué consuelo es este? qué visita es esta? Cansados consoladores me son estos; atormentánme, que no me alivian; busco yo al Criador; y así, me es pesada toda criatura. No quiero ver ángeles ni quiero quedarme con los ángeles, porque (aunque lo sean) pueden acrecentar mi dolor, mas no pueden aliviar mi sentimiento. Si me comenzaren á contar muchas cosas, y si yo quisiera responderles á todas ellas, temo que antes entibiarán que encenderán el amor que tengo en mi pecho. No busco yo á los ángeles, mas al que hizo á mí y á los ángeles; no busco los ángeles, sino á mi Señor y de los

ángeles. A tí busco, Señor mio, y tú envíasme los pajes de tu casa, hánteme llevado Rey mio, y no sé dónde te me habrán puesto. A tí solo busco, pues tu solo, bien mio, puedes consolarme; mas no se adónde te han llevado; miro á todas partes por si acaso te veré, oli dulce Maestro mio, mas no te veo; deseo hallar el lugar donde te han puesto, y no lo hallo. ¡Ay de mí miserable! Y ¿qué haré? ¿Adónde iré? Adónde te me fuiste, Amado mio? Hete buscado en el sepulcro y no te hallo, llámote y no me respondes; dulce Jesus mio, ¿qué es de tí? ¿Por qué te fuistes de mí? Y ¿cómo quedaré yo sin tí? Ay de mí! Y ¿adónde te buscaré? Y adónde te hallaré? Quiérome levantar y cercar todos los lugares que pudiere, no daré sueño á mis cansados ojos, no tendrán sosiego mis piés hasta que halle al que ama mi alma. Llorad ojos míos, y salgan las entrañas deshechas por vosotros; no conseis, oh piés flacos, de caminar; huid del reposo; y pues otro tiempo distes tantos pasos en vuestra perdición, dadlos agora en busca de vuestro remedio. ¡Ay de mí! Y ¿adónde estás, esperanza de mi vida? ¿Por qué me has desamparado salud del alma mia? ¡Oh dolor! ¡Oh angustia intolerable! Cercada estoy de angustias, y no sé lo que escoja. Si me quedo en el monumento, no lo hallo; si me voy del monumento, no sé (desdichada) adónde vaya ni tampoco sé á dó le busque; apartarme del sepulcro de mi bien, me es muerte, y estarme en el monumento me es dolor irremediable. Pues mejor me será guardar el sepulcro de mi Señor que ausentarme lejos dél; porque por ventura mientras me voy se me le habrán llevado y habrán destruido el sepulcro; aquí pues estaré, aquí quieto morir, porque pueda mi cuerpo quedar junto al sepulcro de mi Señor. ¡Oh, qué venturoso sería este mi cuerpo, si mereciese ser sepultado al lado de mi Maestro! Oh, qué dichosa sería entonces mi alma, pues saliendo deste frágil vaso mio de tierra, se entraría en el glorioso sepulcro de mi Señor! Siempre mi cuerpo fué pesada carga para mi alma, mas el sepulcro de mi Señor le sería alegre descanso. No desampararé este sepulcro, pues morir así me será consuelo, y en esta muerte hallaré mi descanso. Mientras viviere estaré cerca dél, muerta me quedaré cabe él, ni viva ni muerta me apartaré dél. ¡Ay descuidada de mí! ¿Cómo no caí en la cuenta cuando vi enterrar á mi Señor y redentor Jesucristo? Cómo no me quedé con él? Cómo entonces no guardé con mas cuidado el santo sepulcro? No le llorara agora hurtado, porque ó estorbára el hurto ó signiera los robadores. ¡Mas ay dolor! que yo quise guardar la ley y dejé al Señor de la ley, obedecí á la ley y no guardé al que obedece y manda á la ley. Cuanto mas, que quedar con Cristo no fuera quebrar la ley, sino guardalla, porque este difunto renuévala; que no la contamina este muerto, no ensucia los limpios; mas alimpia los sucios, sana los que le tocan y alumbrá los que á él se allegan. Mas ¿para qué cuento mi dolor? Fuime, volví, hallé abierto el sepulcro, pero no al que buscaba en él; pues aquí estaré, aquí esperaré por si acaso pareciere en alguna parte. Mas ¿cómo

estaré sola? Fuéronse los discípulos y dejáronme sola y llorando, y no veo nadie que conmigo se duela, ni hay quien á mi Señor le busque. Han venido los ángeles, mas no sé la causa de su venida; si ellos vinieran á consolarme, no ignoraran la causa de mis lágrimas, y si la saben, ¿cómo me la preguntan? ¿Pregúntanme la por ventura por estorbarme mi llanto? Yo les ruego que no lo hagan, no lo intenten, antes me quiten la vida que el descanso de mis lágrimas. ¿Para qué es gastar palabras? Yo no los obedeceré y antes se me acabará la vida que se acabe mi llanto. Llorad, ojos míos, y salgan las entrañas deshechas por vosotros; quede yo vuelta en fuente, porque aun muerta haga el débil cuerpo mio el oficio que el alma le enseñó viviendo; y si acaso faltare el humor para el llanto, pedidlo á la triste de mi alma allá donde estuviere, que ella os proveerá, pues le sobrará la razón del sentimiento, mientras no dejare de ser. ¡Ah! ¿dónde estás, dulce Rey mio? ¿Quién me dirá de tí ó á quien preguntaré por tí? Quién se apiadará de mí y quién me dirá de tí? Quién me consolará, ó quién te me descubrirá? Dime (oh Amado de mi alma), ¿adónde estás? Adónde descansas al mediodía? ¡Oh ángeles del cielo! yo os ruego mucho que si halláredes al mi Amado, si por allá le viéredes, le digais que estoy enferma de amor y que me consume y desmaya el dolor, pues *non est dolor sicut dolor meus*. ¡Oh amable! ¡Oh deseable! ¡Oh admirable! vuélveme el alegría de tu deseada presencia, muéstrame tu rostro sereno. «Suene tu voz en mis oídos, porque tu voz me es dulce y tu rostro muy hermoso.» ¡Oh esperanza mia, no confundas ni burles lo que de tí espero! Muéstrame tu presencia, véante una sola vez mis ojos, y bástame y acabese luego la vida, que no habrá jamás muerte tan dichosa y bienaventurada.

Oyeme, dulce Esposo,
Vida del alma que en la tuya vive,
Y alienta el congojoso
Pecho, do se recibe
La pena que el amor en l'alma escribe.

Perdite yo ¡ay pérdida!
Perdí mi corazón junto contigo:
Pues di, bien de mi vida,
No estando acá conmigo,
¿Cómo podré vivir si no te sigo?

Vuélveme, dulce Amado,
El alma que me llevas con la tuya,
O lleva el cuerpo helado
Con ella, pues es suya,
O haz que tu presencia no me huya.

¿Por qué, mi bien, te escondes?
Vuelve á mí, que te llamo y te deseo,
Mas ¡ay! que no respondes,
Y como no te veo,
El día me es oscuro y el sol feo.

¡Oh luz serena y pura!
Oh sol de resplandor, que alegra el cielo!
Oh fuente de hermosura!
Si pisas nuestro suelo,
Véate, y de mis ojos quita el velo;

Pero si las estrellas
Con inmortales piés mides agora,
Atiende á mis querellas,
Y al alma, que te adora,
La lleva para tí, pues en tí mora.

Y á mi cuerpo cansado
Cerca de tu sepulcro da reposo,
Pues si no está á tu lado,
El cielo mas hermoso
Le será oscuro, triste y congojoso.

¡Oh fuerte piedra, dura,
Do se depositó el rico tesoro
De la carne mas pura
Que vió el sol, por quien lloro!
¿Cómo tan mal guardaste tan fino oro?

¿No viste, mármol crudo,
Que cuando te tocó aquel sacrosanto
Cuerpo, de alma desnudo,
Pusiste al cielo espanto,
Viendo en tí lo que él mismo estima en tanto?

Que si á Dios tiene el cielo,
Tú tambien en tu seno le encerraste;
Pues di, mármol de hielo,
¿Cómo no te abrasaste
Cuando con tanto fuego te abrazaste?

Y ya que le tenias,
¿Cómo á tan mal recado le pusiste,
Que aun apenas tres dias
Guardar no le supiste,
Para no ver jamás el bien que viste?

Mas ¡ay! ¿De quien me quejo,
Debiéndome quejar de mi cuidado?
Yo soy la que le dejo,
Yo la que á mal recado
Dejé á mi bien, y así me le han robado.

Dejé á mi bien, y así me le han robado.
¡Ay ojos! Llorad tanto,
Que se ajuste la pena con la causa;
Guardá no hagais pausa,
Si no la hace la causa de mi llanto.

Si no la hace la causa de mi llanto,
No la hagais, mis ojos;
Y vos, alma cansada, encendé el viento
Hasta que el sentimiento
Acabe de la vida los despojos?

Acabe de la vida los despojos
Quien acabó mi gloria;
Muerte, ¿por qué detienes el cuchillo?
Que menos es sufrillo,
Pues mas que tú me mata esta memoria.

Pues mas que tú me mata esta memoria,
Deshaz esta lazada,
Irá el alma á buscar su dulce Esposo.
¡Ay rato congojoso!
¿Qué hará sin su bien l'alma cansada?

¿Qué hará sin su bien l'alma cansada,
Sino morir viviendo?
¡Oh ángeles! si veis mi dulce Amado,
Ora esté recostado
Junto á las claras fuentes, ó durmiendo
La siesta al mediodía,
Allá en la jerarquía.

Suprema de la gloria,
Gozando la vitoria
Que en este oscuro suelo ha merecido,
Ora esté de los ángeles ceñido,

Ora en aquellos prados celestiales,
De lirios coronado,
Veais que las hermosas flores pisa,
Cuando por la devisa
Echeis de ver quel es mi dulce Amado;
Contadle paso á paso
El fuego en que me abraso,
Que nace de su ausencia,
Y sola su presencia
Puede curar mi mal;
Que no me huya,
Si no quiere que el alma se destruya.

Mientras que así lloraba y se lamentaba María diciendo estas cosas, volvió el rostro á mirar atrás, ora fuese porque vió levantar á los ángeles y hacer cortesía al que venia, ora porque sintió pasos de alguno que venia hácia donde ella estaba, y vió á Jesus, pero no le conoció. Dijole el Señor: «Mujer, ¿por qué lloras, y á quien buscas? ¡Oh deseo de su alma! Y ¿por qué preguntas á esta mujer el por qué llora y á quien busca? Ella poco antes, muy á costa de su contento y con gran dolor de su corazón, habia visto colgada de un madero su esperanza, y ¿dicesle tú agora por qué lloras? Ella tres dias antes habia visto tus manos sagradas, con las cuales muchas veces tú la bendecias, y tus santos piés, los cuales otro tiempo habia besado y ungido, y en los cuales habia hallado el remedio de sus culpas, cosidos á un palo, y tú, que eres su dolor, ¿le preguntas por qué llora? Habiate visto espirar en una cruz y dar el alma á tu Padre, y ¿dicesle tú por qué lloras? Y aun agora piensa que han hurtado tu cuerpo, que venia á unguille por tener ese poco de consuelo, y ¿dicesle tú por qué lloras y á quien buscas? Bien sabes tú, Rey de gloria, que á tí solo busca, á tí solo ama, por tí solo aborrece cuanto cubre el cielo, por tí se derraman aquellas lágrimas, que bastan ablandar las peñas. Tú, Señor, eres por quien resuenan aquellos sopiros que van rompiendo el cielo y encienden el aire con su fuego, y ¿pregúntasle por qué llora? Dulce Maestro, ¿á qué fin provocas el alma desta mujer? A qué le alborotas y mueves el corazón? Toda ella está colgada de tí, toda está en tí, toda espera en tí, y toda desespera de sí; así te busca á tí, que nada busca fuera de tí, ni piensa en otro sino en tí, y aun por ventura por eso no te conoce á tí, porque no está en sí, antes por tí está fuera de sí; pues ¿por qué le dices por qué lloras y á quien buscas? ¿Piensas, por ventura, que te dirá á tí busco y por tí lloro, si tú primero no le dijeres á su corazón, yo soy por quien lloras, yo soy el que buscas? ¿O piensas, Señor, que te conocerá á tí mientras tú te le encubras así?

Pensando pues María que el Señor fuese el dueño de la huerta, vuelta á él, le dijo: «Señor, si tú le has tomado, dime (yo te ruego) adónde le pusiste, y yo le tomaré de allí. ¡Oh dolor miserable! Oh amor inefable! Esta mujer, como estaba cubierta de una espesa nube

de dolor, no via el sol que, levantándose por la mañana, rayaba por sus ventanas y entraba por los resquicios de sus oídos. Ya que el sol resplandeciente de la gloria entraba por la casa del corazón de María; pero, como estaba enferma de amor, esta misma enfermedad le tenia tan encandilados los ojos, que no via al que via. Via á Jesus, mas no sabia que era Jesus. ¡Oh María! Si buscáis á Jesus, ¿por qué no conoceis á Jesus? Y si conoceis á Jesus, ¿por qué buscáis á Jesus, y cómo llorais por Jesus? Mirad que viene á vos Jesus; y el que vos buscáis os busca y os pregunta: «Mujer, ¿por qué llorais?» Y vos pensais que es hortelano para no conocerle. María, mirad que es Jesus, y hortelano es tambien, que siembra en vuestra alma mil semillas de virtud, y en los corazones de los fieles planta este celestial Labrador nuevas plantas de santos deseos. Pero por ventura vos no le conoceis porque habla con vos: vos le buscáis muerto, y por eso no le conoceis vivo. Verdaderamente, María, esta es la razon por la cual se va de vos y no se os descubre á vos. ¿Por qué se os ha de mostrar el que vos no buscáis? Buscáis vos lo que no es, y no buscáis lo que es; buscáis á Jesus, y no buscáis á Jesus; y así, viendo á Jesus, no veis á Jesus. ¡Oh dulce y piadoso Jesus! No puedo excusar del todo esta discípula tuya; no puedo defender libremente este error suyo; y al fin erraba, porque tal te buscaba cual te habia visto y cual en el monumento te habia dejado. Habia visto ese difunto cuerpo tuyo descolgado de la cruz y ponelle en el sepulcro; y tanto fué el dolor que la ocupó en tu muerte, que no dejó lugar vacío para esperar de tu vida; y tanto dolor le dió tu sepultura, que no pudo pensar nada de tu resurreccion. Puso Josef en el sepulcro tu cuerpo, y María sepultó contigo su espíritu; y con tal lazo le enlazó y le encadenó con tu cuerpo, que mas presto se pudiera apartar su alma de su cuerpo, que animaba vivo, que del tuyo, que amaba difunto. El alma de María mas estaba en tu cuerpo que en el suyo; luego, cuando buscaba el cuerpo tuyo, buscaba tambien el espíritu suyo, y adonde perdió tu cuerpo, allí perdió juntamente su espíritu. Pues ¿qué mucho que no tenga sentido la que tiene el espíritu perdido? Y ¿qué maravilla que no te conozca la que le falta el alma con que habia de conocerte? Vuélvele pues, Señor, el espíritu que le tiene tu cuerpo, y así cobrará el sentido que le falta al suyo, y dejará el engaño que agora tiene del tuyo. Pero ¿cómo erraba la que por tí se dolia y tan de veras te amaba? Por cierto que si erraba, que creo que ella lo ignoraba; y así, su error no procedia de yerro, sino de amor y dolor. Pues, misericordioso y justo Juez, si por ventura yerra en tí, excúsela el amor que te tiene á tí y el dolor que tiene por tí. No mires á su error, sino solo á su amor, pues no por error llora, sino por amor y dolor, y te dice: Señor, si tú le has llevado, dime adónde le pusiste, y yo le tomaré de allí. ¡Oh, qué sabiamente ignora, y con cuánta discrecion yerra! A los ángeles dijo: «Llevaron á mi Señor, y no sé dónde le pusieron.» No les dijo llevastes y pusistes, porque ni los ángeles te sacaron del monumento, ni te

pusieron en otra parte; mas á tí te dice: Dime si tú le llevaste y á dónde le pusiste, porque tú á tí mismo te resucitaste y te sacaste del monumento, y te pusiste donde agora estás. No les dice á los ángeles, decidme, por qué no pudieran decir el orden por entero de lo que de tí y por tí se hizo; mas preguntatelo á tí, á quien le será posible decir lo que le fué tan fácil de hacer. ¿Qué es esto, Señor, que tan á menudo repite María esta palabra, ¿adónde le pusiste? Primero habia dicho á los apóstoles á dónde le pusieron; después á los ángeles, «no sé dónde le pusieron;» agora te dice á tí de tí, «adónde le pusiste.» Muy dulce le debe ser esta palabra al corazón de María, pues tan ordinaria la trae en la boca. Cierto, Señor, que tu dulzura la hace mas dulce, y tu amor le hace que no se le caya de la boca, pues jamás se le parte del corazón. Acórdábase que, hablando de su hermano, dijiste: «¿Adónde le pusiste?» Y así, desde que oyó esta palabra de tu boca, jamás se le cayó del corazón, y deléitase de mezclalla en sus palabras. ¡Oh, cuánto debe de amar tu persona la que así ama tus palabras! Oh, cuánto desea ver tu rostro la que con tanta dulzura pronuncia tus dichos! Y ¿qué es esto, dulcísimo Jesus, que te dice á tí de tí, yo le tomaré? Temió Josef, y no se atrevió á descolgar tu santo cuerpo de la cruz sin licencia de Pilato, y aun aguardó á hacerlo entre dos luces; y María no aguarda á la noche, no cura de Pilato, no teme la justicia ni la detiene el ser mujer flaca; y dice con ánimo desmedroso «yo le tomaré». Pues veamos, María: y si el cuerpo de vuestro Maestro estuviese en la sala del sumo Sacerdote, adonde el príncipe de los apóstoles, san Pedro, se calentaba al fuego, ¿qué haríades vos entonces? De allí le tomaré. ¡Oh admirable ánimo de mujer! Oh mujer no mujer! Y si la criada y portera de la casa os preguntase, ¿qué haríades vos? De allí le tomaré. ¡Oh inefable amor el desta mujer! Oh maravillosa osadía! Oh mujer mas que mujer! Ningun lugar saca, ninguna diferencia pone, sin temor lo dice, sin condicion promete; dime dónde le pusiste, que yo le tomaré de allí. ¡Oh mujer, qué grande es tu fe, y no es menos tu firmeza! Pues ¿por qué tú, oh buen Señor, te olvidas de decir el *fiat tibi sicut vis*? Por qué no le dices el *confide, quia fides tua te salvam fecit*? Por ventura, Dios de misericordia, hasta olvidado de tenella desta miserable que te llora y te desea? Pues ¿cómo no le dices á dó te pusiste, para que ella te ponga sobre su corazón y dé la buena nueva á tus discípulos? No alargues mas, oh dulce Maestro, su deseo, mira que há tres dias que te espera, y ni tiene qué comer ni con qué matar la hambre de su alma, sino que, manifestándole tú, le des el pan de tu sacrosanto cuerpo, y hinchas el vacío de su corazón. Luego, si no quieres que desmaye y se acabe en el camino, refresca tú las entrañas de su alma con la dulzura de tu presencia. Eres tú, Señor, pan vivo, en quien se encierran todos los sabores dulces que puede desear el alma; pues ¿cómo vivirá sin tí la que no puede gustar sino de tí? Habla á tu amada, oh buen Jesus; mira que se le derriten las entrañas en agua, y el corazón se deshace en llanto, y

se ciegan llorando aquellos ojos que tenían su gloria en solo mirarte. A esta sazón díjole el Redentor: *María*; y volviendo ella en sí, díjole, conociéndole: *Maestro*. Diciéndole esto, con la no esperada alegría, dejándose llenar de la fuerza del amor que le abrasaba el pecho, fuese para el Señor; mas él, deteniéndola, le dijo: «No me toques, no me toques.» ¡Oh mudanza de la diestra del Altísimo! Volvióse el gran dolor en gran contento; cesó la tristeza y acudió en su lugar la alegría; cesó la ocasión de las lágrimas, mas no cesó el derramallas; porque aunque se mudó la razón del llanto, pero no mudaron el oficio los ojos, las lágrimas de dolor se mudaron en lágrimas de amor. Cuando oyó llamarse por este nombre de *María* (que así la solía llamar el Señor), sintió un sonido de gloria, que llegó de la oreja al corazón; hinchóse de dulzura y ternura el alma, que hasta aquel punto había estado tan lejos de contento; desmayóse de regalo y sentimiento amoroso el pecho, que el nublado del pasado dolor le tenía turbio, y conoció que quien la llamaba era su Señor y su Amado. Entonces alentó su espíritu, recibió su esperanza, y cobró el cuerpo sus perdidos sentidos, que el dolor se los había robado. Y así como el amor es mal sufrido, no curó María que el Señor pasase adelante en hablalla, porque le parecía que al Verbo ó palabra divina mejor era tenella que escuchalla, ni le parecía que tenía necesidad de oír palabra la que la había hallado tras tanto buscalla. ¡Oh amor fuerte, amor impaciente! Antes se contentara María con saber á do estaba Jesús; mas ya no se contenta con velle, sino llega á tocarle. ¡Oh piadosísimo Señor! Oh dulce Jesús, qué bueno eres para los de buenos corazones, qué suave para los sencillos y de humildes pensamientos! Oh venturosos los que te buscan con sencillos corazones, y dichosos los que en tí ponen sus esperanzas! Es verdad que no falta certeza que no miente; que tú, mi Dios, amas á todos los que te aman, y que jamás dejas á los que no te dejan, y que siempre acudes á los que te esperan. Hé aquí que tu amadora te buscaba con ánimo sencillo, y hallate con verdad y alegría; esperaba en tí, y no fué desamparada de tí; antes alcanzó mas por tí que ella esperaba de tí.

Sigamos pues, hermanos, el afecto de esta mujer para que lleguemos al efeto. Lloremos por Jesús, y busquemos con fe pura á Jesús; pues que no se escondió á una pecadora, no hay por qué desconfiar que se descubra á nosotros, aunque seamos pecadores. ¡Oh hombre pecador! Y ¿por qué te ha de hacer ventaja una flaca mujer en el amor y en buscar á Dios? Si pecaste, también pecó María; si fuiste desagradecido á tu Dios, también lo fué esta pecadora; mas lloró, amó, buscó y halló á Dios. También le puedes hallar tú si le buscas. Y si me dices: ¿Cómo puedo yo hallar á Dios? cómo puedo yo conocer á mi Padre celestial? Si le busco fuera de mí, veo que me produjo á mí su hechura interiormente, si solo le busco dentro de mí, veo que es mayor que yo; pues el que está dentro de mí sin falta es menor que yo. El que yo busco es sobre todas las cosas, y mayor y mejor que todas ellas; pues ¿cómo pue-

de ser que sea fuera de mí y esté dentro de mí, que sea mayor que todo y menor que lo mas pequeño? Esto querría yo, Dios mio, que me enseñádes de vuestra mano, para que yo sepa cómo os tengo de buscar y adónde os he de hallar. Soy contento, alma, dice Dios; sabed que estoy presente á vos, porque estoy en vos, porque vos estáis en mí; que á no estar en mí, no estuviéades en vos, ni aun fuéades vos. Cuanto yo soy en cantidad menor que todas las cosas, tanto en virtud soy mayor que todas ellas; y porque soy angostísimo, estoy dentro de todas las cosas, y porque soy anchísimo estoy fuera de todas ellas. Hé aquí, alma, dónde os estoy presente fuera de vos y dentro de vos, y soy anchísima angostura y angostísima anchura. Hincholo, pero no soy hinchido, porque soy la misma plenitud; penétrolo y no soy penetrado, porque soy la misma potestad de penetrar; conténgolo, pero no soy contenido, porque soy la misma potestad de contener y encerrar. No soy hinchido, por no ser pobre, pues soy la misma abundancia; no soy penetrado, por no dejar de ser, porque soy el mismo ser; no soy contenido de nadie, por no dejar de ser Dios, pues soy la misma infinidad. Entro por todas las cosas sin mezclarme con ellas, porque puedo andar sobre todas ellas, pues soy la misma excelencia. Ando sobre todas las cosas, no apartado de ellas, porque pueda entrar en ellas y unir las, pues soy la misma unión, por la cual se hacen y por quien constan, y la cual apetecen todas las cosas. Pues ¿por qué, alma, desconfiais de hallar vuestro Dios y Padre? No es muy dificultoso de hallar adonde estoy, pues por mí tienen ser y por mí se conservan, y en mí están todas las cosas. Antes, alma, no hallaréis parte donde yo no esté, porque aun ese preguntar de mí nace y es de mí; y por mí, que soy luz, y por mí, que soy guía, obra y busca cualquiera que pregunta adónde estoy: jamás se desea sino bien, nunca se halla sino verdad; yo soy todo bien, yo toda y suma verdad; pues buscad mi rostro y viviréis. Pero no os movais á tocarme, que soy la misma estabilidad; no os derramáis por diversas cosas para comprenderme, que soy la suma unidad; cesé el movimiento, recoged la muchedumbre de Marta, buscad una cosa con María, y luego toparéis conmigo. Pues, Dios mio, suplicaos que me deis algunas mas señas para que mas claro os pueda conocer, y dadme licencia para que yo me atreva á preguntaros qué es lo que no soy, quizá que así podré tener algunos mas barruntos de vuestra grandeza, y vivirá esta alma prostrada con vuestras palabras. Soy contento, alma, y sabed que no es vuestro Padre alguna naturaleza corpórea; tanto mejor sois, cuanto mejor obedecéis á vuestro Padre; y tanto sois mas noble, cuanto mas contraria os mostrais de lo que es cuerpo. Bueno os es estar con vuestro Padre, y malo estar con el cuerpo; luego no es vuestro Padre cosa corpórea. Tampoco, alma, os engendró algun ánimo; porque, á ser así, ninguna otra cosa pensádes sino aquel ánimo, y con su mutabilidad os contentádes sin buscar otra naturaleza estable. Tampoco os crió algun entendimiento vacío, porque jamás alcanzádes la suma sencillez, y bastá-

raos alcanzalle á él; mas veis, alma, que amando y entendiendo subís á la misma vida, á la misma esencia y al mismo ser absoluto, y esto sobre todo entendimiento; ni os contentais con solo saber, sino entendeis lo bueno, y eso bien entendido. Pero lo que es verdadero bien, eso es lo que os basta sin falta; porque no por otra razón buscáis algo, sino por solo que es bueno; luego síguese, alma, que ese sumo bien es vuestro sumo progenitor. No el buen cuerpo, no el buen ánimo, no el buen entendimiento, sino lo absolutamente bueno. Bueno, que consiste en sí mismo, infinito fuera de los límites y términos del sugeto, y que os da vida infinita, y que os durará para siempre. ¿Deseais ver el rostro deste bueno? Pues mirad todo este mundo lleno de la luz del sol; mirad la lumbré mudable en esta materia del universo, lleno de las formas de todas las cosas; quitad pues la materia y dejad lo demás, y tendréis el alma, que es luz incorpórea, mudable, y que tiene todas las formas en sí. Quitad agora lo que queda, que es la mutación, esto que es ser mudable, y tendréis el entendimiento angélico, luz incorpórea, que contiene todas las formas; porque el ánima y el ángel las forman en su entendimiento, y son como monas mias, que, así como yo hago un caballo, un león, un sol y lo demás, así ellos los forman en el entendimiento, aunque yo produzgo sustancia, y ellos solos accidentes; pues digo que tendréis el entendimiento angélico, luz incorpórea, que tiene todas las formas, y ajeno de mudanza, en lo cual difiere del alma. Quitad agora á este entendimiento aquella diversidad, por la cual cada forma es diversa en luz, y esa luz la tiene de otra parte, de suerte que lo que queda sea esencia de todas las formas y de sus luces; y esta lumbré se forma á sí misma, y por sus formas forma todas las cosas. Esta tal luz resplandece infinitamente, porque resplandece por su misma naturaleza, ni es inficionada por mezcla de otra cosa alguna, ni estrechada por alguna cosa; antes está y anda por todas las cosas, porque no está en ninguna, y en ninguna está propiamente; porque resplandezca en todas vive de sí misma y da vida á todo lo que vive, porque su sombra, que es la luz deste sol, solo en las cosas corporales es luz vivifica que da vida. Si su sombra despierta los sentidos, siente cada cosa; y finalmente, ama cada cosa si cada cosa procura de ser suya. Pues ¿qué es la luz del sol? Sombra de Dios. Y ¿qué es Dios? Sol del sol. Dios es luz del sol en el cuerpo del mundo. Dios es lumbré del sol sobre los entendimientos angélicos. Tal es, oh alma mia, mi sombra, que es la mas hermosa de las cosas corporales; y si tal es mi sombra, ¿cuál pensais que será mi luz? Si así resplandece mi sombra, ¿cómo resplandecerá mi lumbré? Pues decidme, alma, ¿amais mas la luz que todo lo demás? Y ¿amais solamente la luz? Pues amadme á mí solo, que soy luz infinita; amadme infinitamente, y resplandeceréis vos, y os deleitaréis infinitamente.

¡Oh Dios dulce, Dios amable, Dios admirable! Y ¡qué maravilloso es lo que de vos me decís! ¿Qué nuevo fuego de amor me abrasa? Qué es esto que agora siento en mí? ¿Dónde es este nuevo sol que ahora resplandece en mi entendimiento? Qué dulce y no acostumbrado espíritu penetra y halaga mis entrañas? Qué amarga dulzura es la que ahora siento? Amarga, porque me desentraña, me derrite el corazón; pero dulcísima, porque de puro regalo y ternura desmaya y pierde las fuerzas de mi espíritu, en cuya comparación todo lo que parece dulce me es amargo. Dulcísima, pues con esto lo muy acedo se me hace dulce. ¡Oh, qué necesaria voluntad es esta, pues no puedo no querer el bien, y antes puedo excusar y no querer la vida que deje de querer este uno y bueno! Porque si quisiese no quererlo, sería porque ese mismo no querer creeria que es bueno. ¡Oh, qué voluntaria necesidad es esta! Pues no hay cosa mas voluntaria que el mismo bien, por quien son todas las cosas, y al que quiero y busco en todas las cosas; y así lo quiero, que querría no poder no quererle! Oh, qué viva muerte es esta por quien muero en mí y vivo en Dios, por quien muero á la muerte y vivo á la vida, y vivo con vida y me gozo con gozo! Muero en mí porque no me amo á mí, y mi alma está donde ama, y ama á su bien, luego vive en él; este es Dios, luego vive en Dios; Dios es vida, luego vive en su vida; es riqueza eterna, y lo que desea el alma es ser rica; lo que la enriquece le da gozo, el gozo alegría, luego gózase con gozo inefable. ¡Oh deleite sobre todo sentido! Oh alegría sobre todo entendimiento! Oh gozo que no cabe en el alma! Agora, mi Dios, estoy fuera de sentido; pero no loca, porque sobrepujo al entendimiento; véome furiosa, pero no me despeño, porque antes me levanto á lo alto. Alérgrome toda y derrámome por mil partes; pero no me desperdicio porque me recoge consigo, y me da vida y vive conmigo mi Dios, que es unidad de unidades. Alegráos pues ahora conmigo los que poneis en Dios vuestra alegría. Mi Dios se me ha hecho encontradizo, el Dios de todas las cosas me ha abrazado, el Dios de los dioses se ha infundido en mis entrañas; ya mi Dios me mantiene toda, y el que me engendró me reengendra; engendróme el alma, reformame en ángel, conviérteme en Dios. Pues ¿qué gracias te daré, oh gracia sobre toda gracia? Enséñame tú á amarte, á alabarte, á hacerte gracias; enséñame y dame el poder, pues sin tí ni sé lo que debo ni puedo lo que quiero. Dáteme á tí, Señor, pues todo lo que tú no eres es menos que tú y es poco para mí y no me harta sin tí. Deseo vida, y sin tí, que lo eres de mi alma, todo me es muerte. Huyó la muerte, y sino en tí, que en tu infinita vida anegaste la muerte, en nada hallo vida. Pues ya, mi Amado, te tengo, ya te veo, porque tú, por tu misericordia, te me has descubierto. Troquemos, Señor, y tómate á mí y dáteme á tí, á mí para que te sirva, y á tí para que te goce.

DISCURSOS

DE LA

PACIENCIA CRISTIANA,

MUY PROVECHOSOS PARA EL CONSUELO DE LOS AFLIGIDOS EN CUALQUIERA ADVERSIDAD

Y PARA LOS PREDICADORES DE LA PALABRA DE DIOS;

COMPUESTOS

POR EL MAESTRO FRAY HERNANDO DE ZÁRATE,

de la órden de San Agustín, de la provincia del Andalucía,

DIRIGIDOS A DON PEDRO FERNANDEZ DE CORDOBA, MARQUÉS DE PRIEGO
Y SEÑOR DE MONTILLA, Etc.